

Nocilla Lab

Parte 1

MOTOR AUTOMÁTICO DE BÚSQUEDA

Hay una historia real, además de muy significativa: un hombre regresa a la ciudad abandonada de Prípiat, en Chernóbil, tras haber huido 5 años atrás con el resto de la población, cuando ocurriera la explosión de la Central Nuclear, recorre las calles absolutamente vacías, los edificios en pie y en perfecto estado le van recordando la vida en esa ciudad, no en vano fue uno de los obreros que contribuyó, en la década de los 70, a su construcción, llega a su calle, busca las ventanas de su piso en el conjunto de bloques de edificios, observa las fachadas detenidamente un par de segundos, 7 segundos, 15 segundos, 1 minuto, y dice dirigiéndose a la cámara, No estoy seguro, no estoy seguro de que aquí estuviera mi casa, vuelve a detener la mirada en el bosque de ventanas e insiste, sin ya mirar a cámara, No lo sé, no lo sé, quizá sea ése, o aquel de allí, no lo sé, y este hombre ni llora ni muestra afectación alguna, ni siquiera perplejidad, ésta es una historia importante en lo que se refiere a la existencia de parecidos entre cosas, yo podría haberle seguido la pista a este hombre, haber investigado su pasado, sus condiciones de vida actuales, sus fiestas patronales y dramas domésticos, la cantidad de *milisieverts* que recibió su organismo años atrás en forma de radiación gamma, alfa y beta, incluso las mutaciones de sus tejidos internos, o qué clase de involuntario afán por borrar sus pasos le lleva ahora a no saber dónde vivía, a no querer entrar en su casa para ver allí todas sus cosas, el filete de vaca rusa en la sartén, la mesa puesta, la cama deshecha, la tele apagada pero con el botón en posición ON, el reloj despertador funcionando porque usaba alcalinas, las colillas en un cenicero con forma de contenedor de residuos nucleares, todo tal como hace 5 años lo dejó, sí, podría seguirle la pista a ese hombre, pero no, en realidad, siempre me he apartado de toda clase de hombres, sólo me interesan las mujeres, en todos los sentidos que se le pueda dar a la palabra «mujer», los únicos hombres que me han interesado son aquellos a los que consideré totalmente diferentes a mí pero simultáneamente superiores a mí, a los que consideré «casos», «casos clínicos», como decía un escritor llamado Cioran para referirse a cierta clase de personas patológicamente brillantes, y en este sentido, como «caso clínico», siempre he aspirado a hallar en alguien la diferencia del Replicante, el ente perfecto y situado en los márgenes del ser humano, ni más allá, ni más acá, justo en la biológica frontera, este tipo de pensamientos son bastante absurdos dado que al final todos somos más o menos idénticos, no idénticos de la misma manera en que, por ejemplo, son idénticos 2 fotones, que se le revelan a la física como *indistinguibles*, sino en el sentido de «muy parecidos», por eso aspirar a la diferencia, al «caso clínico», resulta un posicionamiento infantil, lo que no impide que cierta ilusión de divergencia respecto al mundo te ayude a actuar, a progresar, a entrar en

estrés y ansiedad, a estar vivo en contra de lo que entienden por «estar vivo» las blandas filosofías orientales, el estrés ayuda a generar entropía, desorden, vida, uno viaja por diferentes países y ve cosas muy distintas en cuanto a vegetación, animales, costumbres o rasgos que definen razas y culturas, y sin embargo tarde o temprano termina por enunciar una ley cierta: todo, visto con el suficiente detalle, es idéntico a su homólogo del lugar más alejado de la Tierra: vista bien de cerca, una hoja de una garriga de Cerdeña es igual a la de un pino de Alaska, o los poros de la piel de un sudanés son idénticos a los de un esquimal, o una representación de un Buda en Bangkok a la de un Jesucristo de Despeñaperros, y así con todo, porque existe otra ley igualmente general y cierta: el turista recorre países y siente empatía por lo que allí descubre debido únicamente a que todo le recuerda a algo que ya existe en otros lugares que ha conocido, algo que sin ser exactamente igual a lo que ya ha visto, es en cierto modo igual, el Replicante de *Blade Runner*, y todo esto tiene mucho que ver con lo que entendemos por frontera, por solapamiento de dos superficies, porque hallar una novedad absoluta sería monstruoso, insoportable, una pesadilla, en la misma medida que también lo sería la identidad absoluta, y entonces buscamos argumentos para pasar por alto esa paradoja, me encantan las paradojas, no es que me encanten, decirlo así es una tontería, es que, simplemente, sin ellas no existiría la vida y el planeta sería un yermo, así que, sencillamente, las paradojas *son*, existen, y punto, son ellas quienes crean conflictos entre 2 o más sistemas, ya sean sistemas vivos, mecánicos o simbólicos, y eso, según un eminente científico llamado Prigogine, es lo que da lugar a lo que entendemos por vida, lugares donde no hay equilibrio: la paradoja es también una forma de desequilibrio, estábamos en un puerto de una pequeña isla al sur de otra isla llamada Cerdeña, el corazón del Mediterráneo, un pueblo marinero donde habíamos llegado tras meses de continuo peregrinaje, continua búsqueda del lugar apropiado para erigir el Proyecto, nuestro Proyecto, como nos gustaba llamarlo, algo colosal que desde hacía años nos tenía más que ocupados, abducidos, y de repente, aquel lugar de aquella isla al sur de otra isla llamada Cerdeña, me pareció un pueblo de pescadores portugués, un pueblo cualquiera, pero portugués, atlántico, casas bajas, ligeramente ornamentadas con motivos barrocos y pintadas de azules y naranjas, había un bar-pizzería con aspecto de taberna, construido junto al muelle en madera oscura, y en cuyo letrero de neón se dibujaba un galeón del siglo 19 tipo el de *Moby Dick*, batiéndose en una tormenta, uno de esos galeones que destilan una épica tal que ya sabes que saldrá con éxito de la contienda, y ella y yo entramos en ese bar-pizzería a tomar algo, a ver pasar los barcos, a ver rodar los papeles entre los coches aparcados en el muelle, a nada, nos sentamos en unas mesas que eran tablones amplios y corridos para albergar lo menos a 20 personas, banderas de barcos llenaban las paredes, así como instrumentos varios de navegación, extraños para mí, para ambos, artefactos sin otro cometido que una ornamentación sólo comprensible a especialistas, órganos extirpados a antiguos galeones, y le dije en ese momento a ella, justo en el preciso momento en que tomábamos asiento en el tablón de pino barnizado y ella apartaba ligeramente un vaso para apoyar su paquete de Marlboro, Acabo de tener la sensación de estar en las Azores, y ella se sorprendió mucho, no se quitó las gafas de sol, no pude observar su sorpresa en la dilatación de sus pupilas, pero sé que se sorprendió mucho, los mediterráneos como ella tienen muy arraigado el mito de que su mar es incomparable a cualquier otro porque en él nació lo que entendemos por belleza

civilizada, Occidente, pero lo cierto es que aun siendo verdad que el Mediterráneo fue el cableado Internet de antiguas civilizaciones, aun estando ese dato perfectamente consignado, es un mar muy sobrevalorado, pero de esa sobrevaloración no hablamos en aquel momento ella y yo, cuando nos sentamos a comer en aquel bar de una isla al sur de Cerdeña, sino de mi frase: «Acabo de tener la sensación de estar en las Azores», aunque en realidad tampoco hablamos de lo que implicaba esa frase porque ella sólo asintió con un escueto, Sí, y aunque ella nunca había estado en las Azores supo que el símil era cierto, preciso, yo tampoco había estado nunca en las Azores, pero es que en aquel momento, justo en aquel momento en aquel bar de una pequeña isla al sur de Cerdeña al que habíamos entrado a tomar algo, a ver pasar los barcos, a seguir con la mirada el rodar de los papeles en el muelle, a nada, me vino a la cabeza un artículo de un escritor llamado Enrique Vila-Matas, un breve artículo que había leído hacía muchos años en un periódico, en el que este escritor hablaba de un bar de un puerto de las Azores, y lo asocié inmediatamente a ese en el que ahora ella y yo estábamos, un bar quizá también de madera, no sé, un bar en el que aquel escritor contaba que los marineros que cruzaban el Atlántico se dejaban mensajes en un tablón de corcho de la entrada o esculpido con una navaja en la pared cuando el corcho estaba ya repleto, y cuyos destinatarios no eran los lugareños sino otros marineros que, sabían, pasarían por aquel bar de las Azores tarde o temprano, en ocasiones incluso años después de haberse escrito el mensaje, como si el verdadero destinatario de todas esas palabras no fueran las personas sino, cartero inmóvil, el propio océano Atlántico, que en tiempo real las emite, recibe y custodia, eso había pensado yo cuando leí aquel artículo en aquel periódico escrito por un hombre llamado Enrique Vila-Matas, una historia y un bar de las Azores que, casualmente, hacía poco tiempo había vuelto a recordar